

## Francisco Antonio Zea

Por Marco Fidel Suárez

Sin hacer caso de las exageraciones que han venido a ser lugares comunes, es fuerza reconocer que el régimen de los virreyes no fue propicio en América a la instrucción popular ni a la ilustración de las clases elevadas. Puede por tanto estimarse providencial el adelanto científico alcanzado en el Nuevo Reino de Granada pocos años antes de declararse la independencia. Figuraron entonces no sólo personajes ilustrados, sino distinguidos cultivadores de las ciencias y alumnos aprovechados de las musas, que a virtud casi de sus solos esfuerzos adquirieron suficiente saber para libertar a su patria y conquistarse puesto glorioso en nuestra historia literaria y científica. En los anales de la que hoy es Colombia, ellos resaltan cual líneas brillantes sobre un espectro oscuro o como estrellas fugaces que surcan cielos sombríos.

La creación de la Real Expedición Botánica y el ahinco con que algunos obispos se dieron a fundar en los seminarios la enseñanza de lo que entonces se llamó “nueva filosofía”, esto es, de la historia natural conforme a los sistemas modernos, fueron grande parte para que los estudios cobrasen alto vuelo y se aumentase la afición a ellos y la ansiedad de saber. De este modo la misma Corona de España, sin saberlo y sin quererlo, favorecía anticipadamente la emancipación política de sus colonias, promoviendo aquí la instrucción, que andando el tiempo había de ser arma poderosa al servicio del patriotismo. De esta manera Don José Celestino Mutis, Don Angel Velarde y Bustamante, Don José Félix de Restrepo, Don Mariano Grijalva y otros egregios varones, impulsando uno la ilustración y otros dirigiéndola, merecen por este título el ser considerados como los primeros fautores de la libertad colombiana.

Fruto de esta feliz reforma fue la educación de Don Francisco Antonio Zea, nacido en Medellín en noviembre de 1766, discípulo

---

NOTA.— Al cumplirse el segundo centenario del natalicio de este ilustre antioqueño que de modo tan eminente contribuyó a la consolidación republicana, reproducimos en su homenaje este magnífico y olvidado ensayo del Señor Suárez publicado en el año de 1883.

del sabio Restrepo y alumno del Seminario de Popayán, que produjo a los Torres y a los Caldas, a los Ulloas y Rodríguez. Sucesivamente profesor de ciencias naturales en la Universidad de Santafé, agregado a la gran Expedición Botánica dirigida por Mutis, profesor de botánica en Madrid, sucesor de Cavanillas en la dirección del Jardín botánico de esa ciudad, miembro de la junta que en Bayona formó la nueva constitución de la monarquía de España cuando la dominación de Bonaparte, compañero de Bolívar, Presidente del célebre Congreso de Angostura, Vicepresidente de Venezuela, Vicepresidente de la Gran República de Colombia y su enviado extraordinario y ministro plenipotenciario cerca de las Cortes de Europa, Zea es uno de los más notables personajes de nuestra historia. Y si a esto se agregan los timbres del literato, del orador elocuente, del escritor pomposo, del periodista que en aquella edad incipiente defendió con gallardía en las columnas de **El Correo del Orinoco** la justicia de nuestra independencia, e hizo simpática su causa a las naciones extranjeras, habrá que convenir en que Zea es una de las más altas glorias de la patria.

De él hay ya biografías escritas por hábiles plumas, que han satisfecho así una deuda sagrada y rendido un homenaje a la gloria. Sólo intentamos bosquejar brevemente la vida de aquel célebre colombiano, y delinear ligeramente su importante colaboración en la grande obra de Bolívar, lo mismo que dar una breve idea de su elocuencia y trabajos científicos y literarios.

El principal carácter de Zea como hombre público es su patriotismo fervoroso servido por imaginación brillante, florida elocuencia, genio entusiasta y no muy experimentado ni juicioso. La época en que le tocó obrar, la escuela en que se formó, los estudios de su predilección, las peripecias de su vida, todo contribuyó a aquilatar en él aquellas dotes, altamente valiosas las más y muy benéficas, pero que alguna vez empañaron su vida arrastrándolo a patrióticas exageraciones.

Como político y como literato era natural que fuese exagerado hasta vivir, puede decirse, en perenne entusiasmo, y hasta hacer de la hipérbole la forma favorita de su estilo. Su genio de poeta se exaltó con el tiempo en que le tocó vivir: aquellos años eran alborada de ilustración y libertad, y lo que ostentaban eran auroras risueñas y azules montañas. Así lo exigían, por otra parte, las propensiones filosóficas de la época, opuestas a la doctrina aristotélica, que es escuela austera, sobria y racional, y que haciendo prevalecer el raciocinio sobre la imaginación, da sencillez a la elocuencia y vigor de verdad al estilo. Entonces las influencias sensualistas, cuyos efectos llegaban a todas partes, contribuían a hacer predominar el poder de la imaginación y a extraviar las reglas del buen gusto: Caldas mismo, el sabio Caldas, insigne matemático, se deja arrastrar a veces por una grandilocuencia desmedida. Los patriotas de esa heroica edad, aunque religiosos casi todos, tomaron por modelo la ampulosa literatura de la revolución francesa; de donde resultó que, a imitación de Barrére y de Saint-Just, la oratoria de la Gran Colombia quedase recargada de muchos lugares especiales, y que las citas de la historia griega y romana fuesen adorno indefectible en todo trozo de elocuencia. ¿Y cómo no contagiarse de aquel estilo, teniendo que usar libros escritos por los terroristas. tanto

más venerados y admirados cuanto sólo se recibían de contrabando? En cierto modo era necesario que así sucediese y también era conveniente; porque en los tiempos de lucha el fuego de los corazones es preciso que salga al estilo, y convertido en verbo exterior vaya a inflamar otros pechos. Por eso en la independencia la pomposidad era la forma de las arengas de Bolívar y de los discursos de Zea, lo mismo que de los manifiestos dirigidos a la nación y hasta de las leyes de la República.

Desde su edad temprana encontramos a Zea consagrando su natural ardor al bien de su patria. El profesor de ciencias naturales en San Bartolomé, al mismo tiempo que dictaba lecciones a sus alumnos y las recibía del sabio Mutis, meditaba en la suerte de su patria. En sus escritos se ve el ansia con que se esforzaba por columbrar mejor suerte para el virreinato de Santafé y el ardor con que defendía denodadamente, contra aserciones orgullosas de escritores extranjeros, las aptitudes y capacidades de los americanos para civilizarse. En la introducción a las **Memorias del Nuevo Reino**, publicada en el **Papel Periódico de Santafé de Bogotá**, se hallan estos notables conceptos, que ya desde entonces hicieron comprender los destinos del distinguido naturalista: "Las naciones más cultas han tenido sus días de barbarie. Ninguna se puede lisonjear de no haber pagado su tributo a la preocupación y al error. Yo abro la historia y la veo ir saliendo de una profunda noche, pasar por entre sombras y acercarse por grados insensibles a una perfecta ilustración. Atenas no produce con un solo esfuerzo los Sócrates y los Demóstenes. Roma no ve de repente en su seno a los Virgilio y los Cicerones. Si quisiéramos saber hasta el origen de un pueblo sabio, si observáramos en la cuna a la patria de Newton, quizá hallaríamos los mismos defectos y las mismas preocupaciones que en la nuestra. Una agricultura grosera, un comercio paralítico, las artes todavía torpes, una sombra de industria, aquello preciso para aliviar las primeras necesidades del hombre en sociedad: he aquí el primer estado de todas las naciones. . . ¿No se podrá decir que los hombres, como los árboles, degeneran y se hacen estériles bajo de un clima ingrato? Esta es la paradoja de Paw. El quiere que la especie humana haya degenerado en la América. Hollando los ilustres nombres de Peralta y de Figueroa, olvidándose de Maldonado y Piedrahíta, cerrando los ojos para no ver a los Molinas, los Abades y los Alegres, no quiere encontrar entre nosotros quién pueda componer un libro. Pero dejemos a este maldiciente filósofo: diga lo que quiera, tenemos suficientes pruebas de que podemos ser sabios".

En este pasaje se ostentan a la vez el patriotismo y el buen sentido: Zea repudia la paradoja de Paw, y la refuta con calor, confundiendo así aquellos falsos e inhumanos sistemas, muy válidos al presente, que rebajando al hombre a la condición de vegetal, deprimen su albedrío y lo hacen obediente esclavo del clima y de las influencias físicas.

El deseo de ver mejorada la suerte de su patria impulsó a nuestro sabio a colaborar en los planes de Don Antonio Nariño el año de 1794. Convercido de complicidad en la publicación de los **Derechos del Hombre**, fue conducido a la costa de España, donde se le condenó primero a prisión y luego, por influencias de Mutis, que tenía alto con-

cepto de sus talentos para el estudio de las ciencias naturales, se le permitió trasladarse a París con el fin de terminar estos estudios. Vuelto a Madrid después de dos años, recibió el nombramiento de profesor de botánica, y al abrir la clase fue cuando pronunció el conocido discurso sobre el mérito y utilidad de la botánica, la más perfecta acaso de sus obras literarias. Esta pieza es notable por los conceptos y por la forma; los argumentos con que prueba su autor la excelencia de la botánica son originales e ingeniosos, sin ser por eso forzados, sino antes al contrario, espontáneos y naturales. La forma, florida como lo fue siempre su estilo, se contiene en los límites de lo verosímil y concuerda con el asunto, que espontáneamente se presta a la donosura y al adorno. Tan correcta como animada composición, tiene trozos comparables a las clásicas oraciones de Jovellanos **Sobre el estudio de las ciencias naturales** y **Sobre el estudio de la geografía**. La fe que esta oración respira le añade encantos y le comunica cierta grandeza, cosas que van perdiendo los escritos modernos acerca de estos temas, debido al sabor indefinido y al tinte nebuloso que en ellos imprime el prurito de no reconocer en la naturaleza la obra y hechura de la sabiduría de Dios. He aquí pasajes del discurso del profesor neogranadino: "El Sér Supremo, que ha vinculado la existencia de la sociedad en el conocimiento de las plantas, no solamente nos lo ha facilitado clasificándolas y poniendo a cada género y a cada especie su sello definitivo, sino que continuamente nos exhorta a su estudio con aquellas sublimes expresiones que presentándose a la vista de todas las generaciones y encantando todos los sentidos, hablan al corazón y resuenan en la eternidad. ¿Quién no admira la majestad y el lujo de la creación vegetal? ¿Quién no es sensible a las delicias de la verdura y de la sombra? ¿A quién no embelesan la púrpura y el oro de las flores, y los matices de carmín y grana que brillan en los frutos? Los prados inspiran alegría; en las florestas se siente una especie de ternura y se difunde el alma; las selvas silenciosas convidan a meditación y hacen concebir grandes ideas, y en todas partes recrean las plantas el olfato y la vista y hechizan dulcemente el corazón. Así se explica la naturaleza por medio de atractivos y de gracias, por una rápida serie de impresiones que son más vivas y más agradables a proporción que más nos importan los objetos a que quieren inclinarnos".

Considerando en seguida la botánica como ciencia que con sus secretos pudo en la antigüedad obrar prodigios cuyas causas desgraciadamente yacen hoy ocultas, Zea se expresa así: "¿Qué diremos al oír a Plinio anunciarnos como perdido el conocimiento de otras muchas plantas, ya por no habérseles dado nombre para distinguirlas, ya por ser ordinariamente sus descubridores los hombres del campo, ya también por hacer misterio de ellas los que habían alcanzado a explorar y reconocer sus virtudes? ¿Qué diremos al verle pintar atónita la antigüedad contemplando los prodigios de las plantas: al oírle que se llegó por su medio hasta predecir los eclipses del sol y de la luna, y que aún se conservaba en el vulgo de su tiempo aquella tradición? ¿Cómo se habría hecho su eficacia favorita de los poetas para obrar portentos, si generalmente no se hubiera reputado extraordinario? Y para auxiliar un entusiasmo tan sublime y tan general, ¿no es preciso que se hubie-

ran visto efectos admirables, ya que no los prodigios increíbles que el vulgo les atribuía? Pero ¡ay! que de tantas y tan preciosas plantas sólo han llegado a nosotros, por falta de botánica, las pocas con que la sobria agricultura se había contentado; mas aquellas que por sus efectos maravillosos se apropiaron los sacerdotes paganos para aturdir la razón; las que reunían en los bosques sagrados a la sombra terrible de sus misterios y sin confiar el secreto sino a discípulos escogidos, después de largas, duras y aun mortales pruebas, de que no dispensó a Pitágoras la celebridad de su nombre y la recomendación de un soberano, digo que el conocimiento de aquellas plantas con que se hacían tan raras curaciones y portentos, se perdió por falta de botánica que las conservara”.

El lugar transcrito está colmado de observaciones filosóficas e históricas y se halla expuesto en fluida y elegante forma. La difusión, palpable en la elocuencia de Zea, es quizá tributo común al estilo de muchos literatos naturalistas. Plinio, Buffon y Bernardino de Saint-Pierre comprueban este hecho, el cual es, por otra parte, muy explicable, pues siendo esencialmente analítico el estudio de la naturaleza, tiene que derramarse en pormenores y accidentes.

Es digno de citarse el elogio que en este discurso tributa nuestro sabio a su maestro Mutis: “¡Modesto y sabio Mutis! ¡Genio creador y benéfico! perdonad a mi corazón que os pague anticipadamente el tributo de admiración y reconocimiento debido por todos al naturalista generoso que dedica su vida y su caudal al servicio de los hombres, sin exigir de ellos, como decía Séneca, más recompensa que la impunidad”.

Y a la verdad, el venerable Director de la Expedición Botánica en el Nuevo Reino de Granada merecía esos subidos elogios, ya que había sido llamado por Humboldt “ilustre patriarca de los botánicos”, y ya que Linneo le había conferido el título más glorioso, asegurando que su nombre sería inmortal y que sus obras serían admiradas de las edades venideras. La reputación europea y la reconocida sabiduría de Mutis estaban además en proporción de la importancia de la Expedición Botánica, pues el mismo Humboldt reconoce que el Rey de España era el monarca que en aquel tiempo había logrado dar mayor impulso a la ciencia que estudia el segundo de los reinos de la naturaleza.

La invasión de la Península por las armas de Napoleón vino a interrumpir las tareas científicas de Zea. La reputación que disfrutaba el naturalista neogranadino, su elevada posición y hasta la circunstancia de ser americano, le habilitaron para entrar en la junta de notables que en Bayona firmaron la Constitución de la monarquía. A esta época pertenece una poesía atribuida a Don Francisco Antonio, titulada **A la invasión de los franceses**, composición fogosa y espontánea, publicada con la firma de **Un español americano**, y bastante conocida entre nosotros. También publicó durante su permanencia en la Península, que fue de diez y seis o diez y ocho años, una memoria sobre la quina, otra sobre el cultivo del coco, y muchos artículos notables en el **Mercurio de España**.

Alejado del reino cuando emigraron los franceses, volvió a América en 1815, resuelto a cooperar en la guerra de independencia. Des-

pués de permanecer algún tiempo en Jamaica, se unió a Bolívar, le acompañó en la expedición de los Cayos, y se halló en Guayana a tiempo que los patriotas, adueñados de esta provincia, la constituían en centro de sus operaciones.

De entonces datan los grandes servicios de Zea a la causa republicana y el mayor lustre de su carrera política. Bolívar halló desde luego en él un auxiliar de la mayor eficacia y un sujeto de gran valía e importancia para la independencia, ya por sus cualidades personales eximias, así como por la fama que gozaba en Europa y por su experiencia de los negocios. Bien que nuestro patriota no poseía el brillo de la espada, condición sin la cual era muy difícil sobresalir en aquella escena, los proyectos que Bolívar meditaba, así como su cultura y experiencia, fueron causa del alto aprecio que hizo del sabio neogranadino, hombre afable y cortés, llamado por naturaleza a completar con sus luces y talento civil un cuadro en que el entusiasmo guerrero y el valor, un tanto selvático en algunos individuos, ocupaban el mayor fondo. Bolívar y Zea simpatizaban, además, por índole y semejanza de genio; los dos eran de viva imaginación, de intenciones y miras sumamente elevadas, muy amantes de la gloria; y los dos se conformaron en unos mismos proyectos y en idénticas esperanzas. Sobre todo, desde 1818 hasta 1820 estos dos hombres fueron, unidos, los primeros en su escena, y obraron en la mayor armonía, el uno ejecutando prodigios con su genio y su espada, el otro secundando con la pluma y la elocuencia los planes del primero. La creación de un estado formado de Venezuela, Cundinamarca y otros territorios, fue desde entonces el sueño de Bolívar y de Zea, y aquel sueño, realizado luego, fue hasta la muerte de ambos su constante anhelo y el objeto de sus cuidados, así como ocasión, a lo menos remota, de algunos de sus errores.

Bolívar comprendió que el neogranadino era prenda de unión entre Venezuela y el antiguo Virreinato, y ambos echaron de ver cuánto era interesante a la causa de la emancipación unir las provincias con estrechos vínculos políticos y crear una nacionalidad que a la vez que facilitara la independencia fuese en lo adelante emporio de riqueza, nodriza de la libertad y cimiento de la gloria de ambos. Al patriotismo se unió la gratitud, y Colón dio su nombre a la República creada por Bolívar y por el patriota naturalista y elocuentísimo escritor.

Para adoptar los medios conducentes a fin tan grande, se necesitaba la instalación de un congreso que dictase la Constitución de la República y organizase la Nación. En 1818 se encargó Zea de dirigir **El Correo del Orinoco**, con la colaboración de los señores Juan Germán Roscio y José Luis Ramos, periódico que fue la preparación del Congreso proyectado. "Escritos luminosos y elocuentes, dice un historiador, salieron por la primera vez de las selvas del Orinoco". Aquel periódico alcanzó su objetivo, avivando el patriotismo, dando la crónica de la revolución de las demás colonias hispánicas y defendiendo, como doctrinario, las ideas que luego fueron leyes o proyectos en el Congreso de Angostura. Durante las sesiones de esta corporación, nuestro sabio no dejó de escribir en el **Correo**, defendiendo sus proyectos, algunas veces quiméricos, muchas veces prudentes y siempre patrióticos. No obstante su afición a los ingleses, efecto del fervor que éstos prestaban a

la causa americana, jamás vaciló en contradecir a los periódicos de Inglaterra o Jamaica, cuando expresaban opiniones contrarias a las suyas acerca de la libertad o de la política del Nuevo Mundo.

El 14 de febrero de 1819 se instaló el Congreso de Angostura, y nombró a Zea, quien asistía como Diputado por Casanare, presidente de sus sesiones. En ese día Bolívar y nuestro compatriota, el uno como Jefe de Venezuela y el otro como Presidente del Congreso, rehusaron mutuamente aceptar el bastón de la primera magistratura que cada uno quería depositar en manos del otro. El Congreso, después de deliberar, resolvió que se nombrase a los dos, respectivamente, Presidente y Vicepresidente de Venezuela.

El alma del Congreso fue nuestro sabio; en todos los actos de este Cuerpo se revela el genio de su ilustre Presidente, autor del proyecto de Constitución que más tarde se aprobó con la condición de que fuese sancionado por los pueblos, y que por falta de esa condición no llegó nunca a ser ley de la república.

La Constitución de Angostura es obra legítima de nuestro compatriota y refleja su alma, si se atiende a sus condiciones de prudente patriotismo mezclado con exaltación y entusiasmo. Sus capítulos más notables eran un senado hereditario, un ejecutivo temporal, pero con las mismas facultades que el de la Gran Bretaña, y un aerópago "encargado de la infancia, del corazón humano, las buenas costumbres y la moral republicana". El último proyecto pareció quimérico desde entonces, y el primero fue asunto de muchas discusiones escritas y forzosamente tuvo que deshecharse en las Constituciones posteriores.

Bien que los actos de esta asamblea no fueron luego sancionados, su infiujo en la opinión pública y las consecuencias que produjeron son suficientes para calificar el Congreso de Angostura como más grande que el de Cúcuta y más glorioso que ningún otro de los reunidos en nuestra patria. La creación de Colombia, el título de Libertador conferido a Bolívar, el mejoramiento de la suerte de los esclavos, la celebración de la victoria de Boyacá, la convocación del Congreso de Cúcuta, y hasta el lugar y la época de las sesiones, son excepcionales títulos de aquel cuerpo ilustre. El discurso dirigido por Zea al vencedor de Boyacá es un verdadero himno a la república de Colombia, cuyos principios, más grandes que los de Atenas, Roma y Esparta, infundían las mejores esperanzas. Dirigiéndose a Bolívar, le habla así: "Entre tantos días ilustres y gloriosos que Vuestra Excelencia ha dado a la República, ninguno tan dichoso como el de hoy, en que Vuestra Excelencia viene a poner a los pies de la representación nacional los laureles de que lo ha coronado la victoria y a presentar las cadenas de dos millones de hombres, rotas con su espada. Yo te saludo, brillante y memorable día, en que los principios soberanos del orden representativo reciben tan solemne homenaje del heroísmo en medio de las aclamaciones de numerosos pueblos redimidos de la tiranía a fuerza de prodigios. No cabe en la imaginación lo que el héroe de Venezuela ha hecho desde que dejó instalado este augusto Congreso, y asombra la perspectiva inmensa de lo que ya no puede menos de hacer... ¿Y qué hombre sensible a lo sublime y grande, en qué país capaz de apreciar los altos hechos y los altos nombres, dejará de pagarle a Bolívar el tí-

tulo de entusiasmo debido a tanta audacia y a tan extraordinarias proezas”.

A esta arenga se refiere el poeta Salazar, paisano de Zea, a quien condecora con el título de Demóstenes colombiano, en su composición épica **La Campaña de Bogotá**, cuando dice:

El Demóstenes sabio del Congreso  
con elocuente voz inmortaliza  
tantos hechos, acciones tan brillantes,  
tan constante virtud, tanta fatiga.

Aquel discurso fue pronunciado el 14 de diciembre de 1819, en contestación del que sirvió a Bolívar para dar cuenta de la campaña que tuvo éxito completo en Boyacá. Durante la ausencia del Libertador, nuestro sabio, hostigado por los militares que no se resignaban a ser gobernados por un hombre civil, hizo renuncia, que le fue aceptada, de la Vicepresidencia de Venezuela. Más tarde, cuando en presencia de Bolívar se aprobó la unión de los dos pueblos, Zea otra vez fue nombrado Vicepresidente de Colombia.

El congreso de Angostura creó a Colombia por este artículo de la ley fundamental: “Quedan reunidas Venezuela y Nueva Granada bajo el título glorioso de República de Colombia”... “El aniversario de esta regeneración política se celebrará perpetuamente con una fiesta nacional en que se premiarán, como en las de Olimpia, las virtudes y las luces”.

Este último decreto demuestra hasta dónde era imperiosa la moda de citar la historia antigua, cuando los mismos artículos de las leyes eran campo de esa clásica erudición.

Las disposiciones dictadas por el Congreso de Angostura acerca de la libertad de los esclavos son, a un mismo tiempo, humanitarias y discretas. A este mismo propósito decía **El Correo del Orinoco**: “Es preciso en el estado de ignorancia y degradación moral a que esta porción desgraciada de la humanidad se halla reducida, es preciso en tal estado hacer hombres antes de hacer ciudadanos. El Congreso, considerando la libertad como la luz del alma, creyó también que debía darse a los esclavos por grados, como a los que recobran la vista corporal, que no se les expone de repente a todo el resplandor del día”.

En consecuencia, el Congreso no resolvió la inmediata abolición de la esclavitud, pero sí prohibió el tráfico y adoptó medidas a fin de extinguir con el tiempo aquella bárbara institución, aprovechando el intervalo para educar y mejorar en algo la condición económica de los siervos.

Cerradas las sesiones del Congreso de Angostura, el Vicepresidente dirigió a los pueblos de Colombia un elocuente manifiesto para darles cuenta de la creación de la República. Esta alocución, dictada por la satisfacción de haber coronado una grande obra e inspirada por el entusiasmo que había producido la batalla de Boyacá, es una pieza que sobresale por las ideas que encierra y por la forma en que está concebida. Mezclando Zea la piedad con el alborozo, llama **divino** el acto que acaba de ejecutar el Congreso, y dice que ese acto, decretado desde la eternidad por la Providencia, acaba de realizarse en medio de

las selvas del Orinoco. "En el seno mismo de la naturaleza, dice, se ha formado la República de Colombia, y el sello de la creación está impreso en la ley augusta que la ha constituido".

Después, en frase sonora y varonil, muy digna de oírse en los días en que atronaba el aire el cañón de Boyacá, rompe su alocución con estas palabras: "¡Pueblos de Venezuela que os formásteis bajo el puñal de Boves, intrépidos patriotas! ¡Pueblos de Cundinamarca que en la atroz escuela de Morillo habéis aprendido a ser libres! ¡Pueblos de Quito, que Ruiz de Castilla, aquel precursor de Morillo en sangre y en perfidia, impelió tan violentamente hacia la independencia! Vosotros todos, pueblos de Colombia, habéis en fin reconocido la necesidad de reunirnos en una enorme masa, cuyo solo peso oprima y hunda vuestros tiranos".

Bolívar y Zea, persuadidos de que era necesario unir los diferentes Estados de Colombia en un solo cuerpo político, llegaron a formarse una idea peculiar acerca de la grandeza positiva y social de las naciones, confundiéndola naturalmente con la magnitud geográfica y con la abundancia de agentes naturales. De aquí el que uno y otro hablasen siempre de la extensión territorial de Colombia y de sus riquezas en potencia. En el manifiesto a que nos referimos, Zea, después de decir a los pueblos confederados que es imposible para todos ellos la defensa individual y que sólo unidos podrán vencer, les habla así: "Las naciones existen de hecho y se aprecian y se reconocen, digámoslo así, por su volumen, designando por esta voz su territorio, población y riqueza. Voluntad bien manifiesta y un volumen considerable son los dos únicos títulos que se pueden exigir de un pueblo nuevo para ser admitido en la gran sociedad de las naciones".

No omite hacer después un largo recuento de las riquezas naturales de Colombia, enumerando bálsamos, aromas, resinas, gomas, aceites, olores, tintes los más hermosos y brillantes, los más útiles y apreciados frutos, nácar, perlas, el cóndor que se ceba en un caballo o un toro, el colibrí que hace su nido entre las flores.

Hoy estos conceptos pueden parecer importunos, y lo son más o menos; pero en los primeros días de Colombia, en que no se había visto aún amenazante la anarquía y en que todo parecía pronosticar que, sellada la independencia, la nueva nación había de entrar a recorrer sin tropiezo y rápidamente el camino que iba ya andando la nación de Washington, entonces todo esto era natural y muy prudente quizá. Bolívar y Zea no pensaban mucho en las dificultades que presentaba para sostenerse y durar organizada una nación compuesta de tres o cuatro millones de habitantes, derramados en un territorio casi igual a la Europa, sin vías de comunicación, sin unidad de intereses ni de costumbres, y separados entre sí por la naturaleza del suelo. Pero aquellos hombres generosos a todos los juzgaban como se sentían a sí mismos, y llegaron a creer que el patriotismo más puro y más diligente dominaría todos los obstáculos que se presentasen a la estabilidad de la Nación.

El manifiesto de nuestro prócer contiene sabios consejos que la experiencia ha venido a confirmar. Aunque Zea amaba mucho la libertad y la república, no por eso llegó a confundirlas, como lo hicie-

ron otros, con los sistemas de exagerada licencia, que al fin no son otra cosa que principios de desorden y de ruina, fórmulas de egoísmo social equivalente en los resultados a la misma tiranía. "Tiempo es ya, dice, que esas teorías y principios perturbadores del mundo, que a fines del último siglo se pusieron en circulación a favor de muchas, grandes y útiles verdades, acaben de amortiguarse. Se puede en nuestra edad ser libre como un inglés, pero no como un ateniense, mucho menos como un romano, mucho menos como un lacedemonio".

Se ve que ya en aquellos tiempos comenzaban a mostrarse en Colombia los disolventes principios de las escuelas francesas, que más o menos disfrazados y acomodados a las circunstancias, pero siempre en un mismo ser y con unas mismas tendencias, han sido verdadera calamidad para las naciones latinas de América. El Libertador y Don Francisco Antonio Zea, en quienes el amor a la patria fue profético, vieron desde temprano el peligro y trataron de evitarlo.

Después de constituida la República, fue el primer acto de Bolívar el enviar a Europa un agente diplomático que representase a Colombia, y cuyas dos principales misiones eran obtener el reconocimiento por parte de los gobiernos extranjeros de la nación independiente, y el contratar un empréstito que no rebajase de dos millones ni excediese de cinco millones de libras esterlinas, con el objeto de cubrir las deudas de la República y fomentar la agricultura y el adelanto material del país. Valieron al Vicepresidente para ser encargado de esta misión, los propios títulos que le habían valido para desempeñar su cargo en el Congreso de Angostura, es decir, el ser hombre de ilustración y de fama a la vez que gran patriota y la segunda figura política después de Bolívar. Pero no se tuvieron en cuenta al hacer recaer en él tan delicado cargo, los defectos de su carácter y hasta los excesos de sus mismas prendas; Zea carecía de dotes diplomáticas, pues era sumamente candoroso y demasiado franco; el disimulo y la sagacidad no podían coexistir con su entusiasmo y desmedidas esperanzas; por otra parte, no era versado en asuntos de hacienda y comercio. De esta manera, haciéndose cargo de una empresa que no se adaptaba a sus facultades, preparaba la ruina de su gran reputación y hasta se condenaba a morir lejos de su patria.

El 24 de diciembre de 1819, en la ciudad de Angostura, le confirió Bolívar plenos, auténticos y legales poderes para representar a Colombia en Europa, como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario. Comitente y mandatario incurrieron desde el principio en cierto error, cual fue el de no detenerse mucho en pormenores y considerar secundario todo objeto y todo medio en presencia del gran fin de conseguir el reconocimiento de la República. El mismo empréstito lo consideraban secundario, pues fijaron poco la atención en las bases, o mejor dicho, nada la fijaron, dado que el Libertador prestó su firma en blanco al enviado y aprobó de antemano cualesquiera transacciones que éste celebrase. Hoy se critica esto duramente; pero no pensamos que en los instantes solemnes en que obraban Bolívar y su ministro, cualquiera otro, siquiera hubiese sido menos generoso y menos patriota que ellos, habría probablemente obrado de un modo semejante; cuando se trataba de asegurar la vida de la patria, todo lo demás se miraba

como accidental, a la manera que el buen hijo que trata de salvar la vida de su padre no vacila en emplear para conseguirlo cualquier medio, echando mano aún del sacrificio.

El Presidente del Congreso, a quien ya hemos oído expresar que la nacionalidad se mide por el volumen, fácilmente se persuadió de que su misión quedaría perfectamente desempeñada si consiguiese el reconocimiento de Colombia a costa de cualquier medio. Para lograr tal fin, se propuso hacer formar de Colombia una gran idea, ponderando por supuesto su extensión y riqueza y adoptando una conducta diplomática extravagante a veces de puro fastuosa; desplegó asombrosa liberalidad para con los acreedores de Colombia, empleó un estilo pomposo en sus relaciones cortesanas, y no echó así por base de sus operaciones ningún fundamento sólido.

Ante todo, se propuso obtener que la Metrópoli reconociese la separación de la colonia colombiana y su carácter de nación. A este efecto pasó a Madrid; pero a poco las sospechas de los palaciegos de Fernando VII lo hicieron expulsar de la Corte. Más tarde propuso al Duque de Frías, ministro de España en Inglaterra, que se reconociese por parte del gabinete de Madrid la independencia de Colombia, mediante condición de que ésta y las otras naciones hispanoamericanas del sur formarían una vasta confederación cuyo jefe sería el Rey de España. Tal propuesta fue desechada, y ya se ve que el proyecto hubo de ser improbadamente en Colombia, pues propendía a truncar la independencia y a hacer casi vanos los esfuerzos hasta allí empeñados para conseguirla.

El 8 de abril de 1822 dirigió Zea desde París una nota diplomática al Ministro francés de Negocios Extranjeros y a los Embajadores y Ministros entonces residentes en esta ciudad. En tal nota se propone demostrar aquellas mismas ideas que ya le hemos visto defender en otra parte acerca de la nacionalidad de los pueblos recién emancipados: "La noticia, dice, de la lucha que América acaba de mantener contra España ha resonado por todo el mundo. Admitiendo que todavía puedan existir dudas sobre sus destinos maravillosos, ninguna puede ocurrir sobre los inmensos resultados obtenidos a favor de combates y de victorias... Esta independencia no ha hecho sino establecer el orden natural poniendo fin a males infinitos que necesariamente producía una conexión tan mal combinada... Pronto todos estos nuevos Estados formarán una grande y sólida asociación y fijarán la base de aquella confederación continental, contra la cual todos los ataques extranjeros no podrían ser dañosos. La coalición del resto del mundo civil, si tal pudiera efectuarse, sucumbiría delante de esa barrera. Colombia respeta cuanto existe y tiene derecho a la reciprocidad. ¿Quién podría atacarla? ¿Qué poder podría aumentar o disminuir su riqueza? ¿De quién tiene necesidad? Y entre las naciones conocidas, ¿dónde está la que no aspire a establecer relaciones con ella? Colombia no ignora su fuerza"

Si no conociésemos el carácter del ilustre Vicepresidente de Colombia, si no le hubiésemos oído ponderaciones semejantes, tratando de diversos asuntos, podríamos calificar de indebidos los conceptos transcritos; pero Zea obraba con la mayor sinceridad y hasta cierto punto tenía razón; él, que había visto a Bolívar "libertar grandes naciones con quinientos hombres, mientras que Napoleón con quinientos mil de-

jaba perder sus conquistas”; él, que había presenciado prodigios de valor y hazañas heroicas en el nuevo mundo, y que sabía que las más grandes naciones habían sido en sus principios miserables tribus, podía hablar como habló en la nota diplomática. Con todo, ésta lo expuso a las chocarrerías de los franceses; el **Drapeau Blanc** y el **Journal des Débats** la comentaron apuntando sus desmesuradas ponderaciones; pero a pesar de todo, “no confundimos, decía el primero de estos periódicos, con el diplomático republicano aquel ilustre sabio, aquel literato distinguido, aquel hombre tan digno de la estimación universal por lo vasto de sus conocimientos, como por la amabilidad de su trato, la suavidad de sus modales y la brillantez de su ingenio”.

Así rendía el apasionado monarquista **Drapeau Blanc** el justo tributo de admiración a Zea, aun después de haberle censurado acremente. Prueba clara del alto mérito de nuestro enviado, y de cuán sólida es la gloria de las letras y las ciencias, ya que la pasión misma y el furor de partido la reconocen a veces.

Las gestiones encaminadas al reconocimiento de Colombia sólo tuvieron buen resultado en los Estados Unidos de América. El senado de esta Nación reconoció en abril de 1822 la independencia colombiana, a pesar de la oposición y reclamaciones de Don Joaquín de Anduaga, Ministro español. De resto, las naciones de Europa aplazaron aquel reconocimiento.

Hemos visto que una de las principales comisiones que llevó Don Francisco Antonio Zea a Europa era la negociación de un empréstito destinado al pago de la deuda de Colombia y al fomento de sus industrias. Zea no logró hacer este contrato sino dos años después de estar en Europa. Primero que todo, reconoció los intereses de la deuda colombiana, y para cubrirlos negoció con Herring, Graham y Powles, un empréstito de ciento cuarenta mil libras esterlinas de obligaciones, las cuales, vendidas al setenta y cinco por ciento produjeron con qué pagar los intereses vencidos. Debido a esto, las obligaciones subieron de precio y el crédito de la república mejoró notablemente. Efectuada esta previa operación contrató con los mismos comerciantes el grande empréstito de dos millones de libras al ochenta por ciento, de modo que por cada cien libras de obligaciones de Colombia, los contratistas no pagaban más que ochenta. En este tanto por ciento pagadero por los contratantes se incluían los vales anteriores de la república que aquellos podían conseguir a menosprecio, ganando así otro interés muy subido en una fuerte suma; el saldo se pagaba en especies y en algún dinero. Este contrato se firmó en París el 13 de marzo de 1822.

En la negociación del empréstito, lo mismo que en la aplicación de sus productos, no obró con mucha prudencia y esmero. Es increíble la manera como se dirigía a los acreedores de Colombia, reconociéndoles de antemano sus demandas y asintiendo lisamente a todas sus exigencias; no se olvida, por otra parte, de los acostumbrados hiperbólicos conceptos y de las exageraciones en que siempre incidía por carácter y entonces especialmente por sistema. Después de convocar a los acreedores de Colombia, les dice así: “El Gobierno de Colombia no olvidará jamás el socorro que recibió en la época de su desgracia. También sabe que muchos de vosotros habéis sufrido infinito por habérseos

diferido el reembolso de lo que tan generosamente anticipásteis. Esto le ha afligido en alto grado. Yo no vengo aquí a especular sobre vuestros temores. Colombia pagará cuanto debe, cualesquiera que sea su origen o su importancia. Tiene el poder y la voluntad. Con nosotros la justicia y la riqueza andan siempre juntas. Nuestras riquezas son inagotables. La fidelidad a vuestras obligaciones será eterna”.

Es claro que tamaña confianza tuvo que poner a nuestro Ministro a la disposición de gentes mucho más avisadas y expertas.

Los poderes con que Zea contrató le fueron conferidos por el Libertador en Angostura el año de 1819. Antes de firmar el contrato, esos poderes le habían sido revocados en Cúcuta, cuyo Congreso dispuso en 1821 que sólo esta Corporación podía contraer deudas en nombre de la República. En septiembre de 1822, después de contratar el empréstito el Vicepresidente Santander los revocó de nuevo. No consta oficialmente que Zea hubiese recibido la revocatoria antes de firmar su contrato; y él mismo, en la nota dirigida a los contratantes en noviembre de aquel año, pocos días antes de su muerte, que acaeció en Bath el 22 del mismo mes, insiste en la validez de sus poderes. Comoquiera que fuese, el Gobierno de 1822 trató duramente a Zea, no ensayando medio alguno que no fuera el más extremado para corregir en algo las operaciones del Ministro y no amargarle la vida con terrible afrenta. La patria debía mucho a aquel hijo ilustre, y era justo que interpretara sus actos como exageraciones de su mismo patriotismo o como descuidos involuntarios en mucha parte, a los cuales el curso de los sucesos y su índole generosa le habían inclinado. Ejemplo talvez de los males que pueden causar las pasiones de partido y de la parte que el sentimiento es capaz de tomar en los dictados de la justicia. ¿No había Zea **improbado** en Angostura el fusilamiento de los prisioneros de Boyacá?

Los periódicos ingleses de aquella época, mirando menos **parcialmente** el asunto, reconocían que la negociación del empréstito había sido en algún modo benéfica a Colombia: “Ellas (dichas operaciones) han sido objeto de muchas discusiones. Sin pretender saber más de lo que el público sabe, no podemos dejar de reconocer que el señor Zea elevó el crédito de su país a muy alto punto”.

Así se expresaba un periódico de Londres, acaso el **Morning Chronicle**, después de dar cuenta del fallecimiento del ilustre colombiano. Durante su permanencia en Londres recibió claras muestras de aprecio de parte de encumbrados personajes de aquella nación. El 7 de julio de 1822 fue honrado en la misma ciudad con un gran **banquete**, presidido por el Duque de Somerset, quien brindó por Colombia y su Ministro, y dijo que era un deber el “ofrecer alabanzas a los que habían mandado los ejércitos de la República, conduciéndolos a la victoria, y a aquellos que habían formado su Constitución y que por su sabiduría legislativa habían establecido la independencia”.

Hubo en este preclaro hijo de Colombia y de Antioquia el hombre político y el hombre de ciencia, compuesto el primero del estadista y el diplomático, e integrado el segundo por el naturalista y el orador eminente. El más notable de esos dos aspectos, el que salva la gloria de Zea, así como fue causa de sus días afortunados, es su **faz científica**. Ya vimos cómo su ilustración trocó en glorias y triunfos la pena de

*Marco Fidel Suárez*

destierro que por sus opiniones políticas se le había impuesto, y cómo los mismos censores de sus errores diplomáticos hacían justicia a su saber. Lo mismo se ha cumplido en la vida de otros colombianos; siempre es más alta, más inocente, más duradera y serena la reputación que se alcanza lejos de las luchas políticas. La república ha puesto el nombre de Zea en la lista de aquellos hijos más ilustres que no sólo formaron su reputación en otros pueblos, sino que le dieron ser y labraron su organización y prepararon sus destinos.